

Esto me lo contó hace mucho tiempo el viejo Mac, que vivía en una choza en lo alto de la ladera opuesta, en la montaña vecina a mi antigua casa. Había sido prospector minero en los Asteroides durante la fiebre (de prospecciones) del 1937, y ahora se pasaba la mayor parte del tiempo alimentando a sus siete gatos.

—¿De dónde le viene su amor a los gatos, señor Mac? —le pregunté un día.

El viejo minero me miró y se rascó la barbilla.

—Mire usted —respondió—, me recuerdan a los animalitos que tenía en Palas. Eran muy parecidos a los gatos —el mismo tipo de cabeza, digamos— y no he visto en mi vida otros tan inteligentes. ¡Todos murieron!

Sentí pena, y así lo dije. Mac exhaló un profundo suspiro.

—No he visto otros tan inteligentes —repitió—. Eran mininos cuatridimensionales.

—¿Cuatridimensionales, señor Mac? Pero... la cuarta dimensión es el tiempo.

Esto lo había aprendido yo el año anterior, en tercer curso.

—De modo que tiene algunos estudios, ¿eh? —Sacó la pipa y la llenó pausadamente—. Claro, la cuarta dimensión es el tiempo. Aquellos mininos tenían unos treinta centímetros de largo, quince de alto y diez de ancho, y se extendían hasta la mitad, más o menos, de la semana próxima. Esto son cuatro dimensiones, ¿verdad? Si les acariciabas la cabeza, ellos quizá no moviesen la cola hasta el día siguiente. Algunos de los mayores no empezaban a moverla hasta dos días después. ¡De veras!

Yo tenía una expresión dubitativa, pero no dije nada. Mac continuó:

—Además, eran los mejores perros guardianes de toda la creación. Tenían que serlo. Si descubrían a un ladrón o a un tipo peligroso, aullaban como condenados. Y si uno veía a un ladrón hoy, empezaba a chillar ayer, de manera que siempre estábamos advertidos con veinticuatro horas de anticipación.

La boca se me abrió sola.

—¿De verdad?

—¡Se lo juro! ¿Sabe cómo solíamos alimentarlos? Esperábamos que se durmieran, y sabíamos que entonces estaban ocupados en digerir la comida. Aquellos gatitos transtemporales, digerían la comida tres horas, invariablemente, antes de haberla ingerido, dado que sus estómagos retrocedían este lapso en el tiempo. De modo que cuando se dormían, nosotros mirábamos la hora, les preparábamos el alimento y se lo dábamos tres horas después, exactamente.

Había encendido ya la pipa, y chupaba a placer. Movi6 la cabeza tristemente.

—Con todo, una vez me equivoqué. Pobre Cronogatito. Se llamaba «Joe» y era precisamente mi preferido. Una mañana se durmi6 a las nueve y, no sé por qué, yo me hice la idea de que eran las ocho. Naturalmente, le llevé la comida a las once. Lo busqué por todas partes, pero no lo encontré.

—¿Qué había pasado, señor Mac?

—Pues que no se podía esperar que las entrañas de ningún Cronogatito resistieran el desayuno sólo dos horas después de haberlo digerido. Habría sido pedir demasiado. Por fin lo encontré bajo la caja de las herramientas, en el cobertizo exterior. Se había arrastrado allá y había perecido de indigestión una hora antes. ¡Pobrecito! En lo sucesivo, siempre me ponía el despertador; así no volví a cometer aquella equivocación.

Tras estas palabras hubo un silencio breve, triste. Luego dije, en un respetuoso susurro:

—Antes, usted ha dicho que murieron todos. ¿Percieron todos de esta misma manera?

Mac movió la cabeza solemnemente.

—¡No! Solían contagiarse nuestros resfriados y morían algo así como entre una semana y diez días antes de haberse contagiado. Para empezar, ya no había muchos gatitos de aquéllos; un año después de haber llegado los mineros a Palas no quedaban sino unos diez, y todavía éstos bastante débiles y enfermizos. Lo malo era, compañero, que cuando morían se hacían cisco; se corrompían muy aprisa. Especialmente el transformador que tenían en el cerebro y que era lo que los hacía portarse de aquella manera. El caso nos costó millones de dólares.

—¿Cómo fue, señor Mac?

—Vea usted, unos científicos de la Tierra tuvieron noticia de nuestros gatitos y de que

probablemente morirían todos antes de que ellos pudieran llegar allá, en el próximo empalme. De modo que nos ofrecieron un millón de dólares por cada gatito que les conserváramos.

—¿Y los conservaron?

—Pues, lo intentamos, pero los animalitos no aguantaron. Una vez muertos, ya no nos servían para nada, y teníamos que enterrarlos. Intentamos conservarlos en hielo; pero así lo único que no se estropeaba era el exterior. Por dentro, se formaba una fea mezcla, y era el interior precisamente lo que querían los científicos.

»Como es lógico, si cada minino muerto representaba para nosotros un millón de dólares perdidos, no queríamos que perecieran. Uno de nosotros imaginó que si pusieramos a un gatito de aquéllos dentro de agua caliente, cuando estuviera a punto de morir, el agua le penetraría dentro. Luego, después de fallecido, helaríamos el agua, de manera que todo formara un sólido pedazo de hielo, y de este modo el gatito se conservaría.

Pregunté automáticamente:

—¿Resultó?

—Lo intentamos varias veces, hijo, pero no lográbamos helar el agua bastante aprisa. Para cuando la teníamos helada, el transformador cuatridimensional del cerebro del minino se había corrompido ya. Helamos el agua más y más aprisa pero, nada. Al final no nos quedaba más que un solo minino, y también se disponía a perecer. Estábamos desesperados... cuando he ahí que a uno de los compañeros se le ocurrió una idea. Concibió un aparato complicado que helaría el agua así, ¡zas!, en una fracción de segundo.

»Cogimos al último animalito, lo pusimos en el agua caliente y conectamos la máquina. El minino nos dirigió una última mirada, soltó un gemidito curioso y murió. Apretamos el botón y convertimos gato y agua en un sólido bloque de hielo en un cuarto de segundo —Mac exhaló un suspiro que debía pesar una tonelada—. Pero fue inútil. El Cronogatito se estropeó antes de los quince minutos, y perdimos el último millón de dólares.

Yo contenía el aliento.

—Pero, señor Mac, acaba usted de decir que helaban al Cronogatito en un cuarto de segundo. ¡No tenía tiempo de estropearse!

—Ahí está la cosa, amiguito —dijo fatigadamente—. Lo helábamos demasiado aprisa, maldita sea. ¡El gatito no se conservaba porque helábamos aquel agua caliente tan

endiabladamente aprisa que el hielo quedaba tibio todavía!